

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA

Nuestros benefactores



JOHN M. KEITH

REVISTA COSTARRICENSE honra hoy sus páginas con el retrato de uno de los benefactores más grandes que ha tenido Costa Rica. Mr. John M. Keith amaba a esta tierra casi como a su patria. Se identificó de tal manera con nuestra vida, que vivía pendiente de todos nuestros problemas, tanto financieros como sociales. Y no sólo se preocupaba sino que se interesaba con todo entusiasmo por resolverlos y remediarlos. Muchas son las instituciones que le deben su apoyo, no sólo moral sino monetario.

Hombre sencillo, caballeroso, culto, bondadoso, honrado, recto en todos sus actos y muy inteligente. Con cuánta confianza nos acercábamos a pedirle consejo y su apoyo en las obras que deseábamos emprender. El Reformatorio de menores de Mujeres y la Cárcel de Mujeres, son instituciones que las amó con predilección y lo mismo, el Hospital de San Juan de Dios. Su religión era la protestante y sin embargo, amaba a las hermanas de Caridad y a las monjas del Buen Pastor porque, nos decía, son muy buenas, trabajan mucho y se sacrifican por el bien de los pobres.

Costa Rica no tiene cómo pagarle todo lo bueno que fué y jamás acabaremos de llorar su sentida muerte. Sirva este pequeño recuerdo para que se vea que, aunque desaparecido de este mundo, su memoria vive en un lugar muy preferente en nuestros afectos.

Sara Casal Vda. de Quirós

DIRECTORA:
Sara Casal v. de Quirós
Apartado 1239
OFICINA: 125 varas al Este
del Seminario,
Calle de La Soledad

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 10 de Julio de 1932

Suscripción Mensual
de cuatro números:

₡ 1.00

EDITORIAL

Amor a la lectura

EL maestro que logra despertar en sus alumnos el amor a la lectura, realiza una labor muy importante para la cultura de ellos. Generalmente no se ama la lectura y ello se debe a la falta de entusiasmo por instruirse. A la mayoría de las personas les gusta leer novelas interesantes que los tengan entretenidos, pero no conocen el sabor del lenguaje castizo. Hemos oído decir: esa novela es muy seria y su lenguaje no lo entendemos. Novelas de estudios sociológicos, no son del agrado de la generalidad.

Cuando se ha leído una novela, debe preguntarse: ¿qué de bueno quedó de ella en nuestra mente? Si dejó nuestros sentimientos impresionados de entusiasmo por lo bello, por lo sublime, por un amor más grande a lo moral, esa novela es provechosa a nuestra alma. Si ha aumentado el número de conocimientos históricos, si nos ha enseñado a razonar, si nos ha dado luz para juzgar con acierto en los problemas de la vida, esa novela es útil. Si nos deja la impresión de que debemos ser mejores de lo que somos, de que debemos tratar de mejorar de carácter, nuestros sentimientos, esa novela no nos ha hecho perder el tiempo.

La vida corre veloz y el tiempo que pasó no volverá; si lo aprovechamos, hemos ganado; si no lo aprovechamos, lo hemos perdido para siempre. Cada minuto que pasa es una ocasión de ganancia o pérdida para nuestra mente y para nuestra alma. Ganamos en instrucción y ganamos mejorando los sentimientos de nuestra alma; de nosotros depende el nivel cultural de nosotros mismos. Indudablemente que las personas instruidas y buenas valen muchísimo más que las que no lo son. La buena lectura es el mejor medio de instruirnos y debemos tratar de despertar en nuestra juventud la buena costumbre de leer mucho y bueno.

Jamás debemos acostarnos sin haber leído por lo menos tres o cuatro páginas de un buen libro.

Las personas que no leen, viven como los animales; comen, trabajan, duermen y nada más. Debemos leer las noticias mundiales, los adelantos modernos; libros históricos para estar en convivencia con el mundo que nos rodea. Debemos interesarnos por ese mundo del que somos parte.

Y el maestro que no ama la lectura, ¿cómo va a desarrollar esa afición en sus alumnos? Si existe ese maestro, que Dios quiera que no exista, debe proponerse inculcarle a sus alumnos un amor entusiasta por la lectura; apenas el niño sabe leer, debe seleccionar cuentos fáciles, historias morales, recitaciones y versos bonitos; hacerlos leer la Historia Sagrada, que es fecunda en enseñanzas bellísimas y que les encanta a los niños, sobre todo cuando los libros están ilustrados, lo que facilita la comprensión de lo que leen.

Cuando los alumnos están en la enseñanza superior, la afición a la buena lectura es más fácil; se selecciona una buena novela, ya sea histórica o de costumbres, un buen estudio sociológico; se les encarga su lectura para que cada uno de los alumnos dé su juicio crítico y esto les desarrolla el espíritu observador y se aficionan a leer pensando y no como generalmente se lee, que es únicamente por el argumento general de la obra y nada más. Hay

CONTENIDO:

| | Página |
|---|--------|
| Editorial.—Amor a la lectura. Sara Casal Vda. de Quirós. | 977 |
| Yo ¿para qué nací? Margarita Monreal. | 978 |
| Himno al árbol León Vargas. | 979 |
| La enseñanza Jaime Balmes. | 980 |
| Carta de don Maximino Blanco | 981 |
| Código moral para los niños William J. Hactchins. | 982 |
| En Costa Rica Julio Flórez. | 982 |
| Palabras de Omar Dengo | 983 |
| Conversando con un agente viajero Sara Casal Vda. de Quirós. | 983 |
| Don Enrique Jiménez Núñez | 984 |
| Código social | 985 |
| Sección científica.—Estudios de la Naturaleza. Virginia Agramonte B. | 985 |
| Reflexiones Luisa Pérez de Zambrana. | 986 |
| Página de los niños.—Guido de Fontgalland. | 987 |
| Curso de corte Sara Casal Vda. de Quirós. | 988 |
| Recetas de Cocina. Digna Casal de Solari. | 989 |
| La Expatriada (Novela por M. Delly.) | 990 |

¡ESPERESE!



No se conforme con volverse loco cuando tenga un dolor de cabeza, o de cualquiera otra clase. Acuda a la

CAFIASPIRINA

y verá que en un momento le da completo alivio, le devuelve las fuerzas y le proporciona un saludable bienestar *sin afectarle ni el corazón ni los riñones.*

"Si es BAYER es Bueno" → M.



CAFIASPIRINA (M.R.) Eter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzoico con Cafeína

Bettina de Holst

Frente a "La Tribuna"

GRAN BARATILLO DE CAPAS

para niños, señoras y señoritas

También nos han llegado CUELLOS DE PIEL
y PIEL EN TIRAS

muchas obras que no sólo por su lenguaje castizo son admirables, sino por la profunda filosofía que en todo el libro se saborea.

Hay que acostumbrar a la juventud a la lectura seria y no a la lectura superficial. Y sobre todo, debemos acostumbrarlos a aprovechar el tiempo leyendo y no perdiéndolo miserablemente en las esquinas, conversando y criticando.

Sara Casal Vda. de Quirós

Yo, ¿para qué nací?

Revolviendo papeles, cosa que dicho sea de paso, es siempre para mí, disfrute de apreciable entretenimiento, he tropezado con un librito de exiguas dimensiones, apenas de tres por seis pulgadas y sólo cuenta unas sesenta páginas que amarillean por la caricia del tiempo. Porque han de saber ustedes que el librito en cuestión tiene una fecha lejana, de agradable recordación; es la del día de mi Primera Comunión.

He releído las místicas páginas como si aspirara perfume de lirios, olor de azucenas, pero el título, más aún, que las páginas leídas, ha despertado mi interés haciéndome muy de veras meditar.

Los caracteres rojo vivo de las letras, persisten delante de mis ojos: «Yo, ¿para qué nací?» ¿Confesaré que algo en mi conciencia se ha levantado repetidas veces para insinuarme una interrogación similar?

Creo que como a mí, habrále sucedido a muchos otros seres; creo que el juez oculto nos pregunta a todos de vez en cuando: «¿Has realizado cuanto estás capacitado para hacer por el bien de tus semejantes?»

¡Qué saludable para nuestras almas sería hacernos esta pregunta muchas veces, deliberadamente, y mejor aun contestarla a nuestra propia y ajena satisfacción!

¡Cuántas lágrimas que no llegarían a verterse, cuánto dolor remediado, si supiéramos encauzar y gobernar nuestros egoístas anhelos de felicidad!

He dicho felicidad. ¿No es ella, por ventura, el confín hacia donde convergen todos los múltiples y complicados esfuerzos humanos? Porque todos corremos en infatigable caravana, pugnando por ser de los que abren la marcha, esforzándonos por acortar el ca-

mino, sin calcular siquiera si las fuerzas que tenemos, son capaces de no abandonarnos antes del término de la jornada y olvidándonos por completo de las necesidades, de las ansias, que otros a nuestro lado, exteriorizan en vano esfuerzo para arribar al risueño confín.

Mucho mejor sería convencernos mutuamente de que no es suficiente para llegar a la felicidad, ese pensamiento superficial y mezquino, que dirige nuestras actividades con una asiduidad que se convierte en tensión de ánimo y degenera después en ciego automatismo, convirtiéndonos en una insignificante ruedilla de la gran máquina universal.

Un vituperable egoísmo nos oscurece el pensamiento, hasta el punto de hacernos creer que aislándonos en nuestro corazón y olvidando a nuestros semejantes, nos será más asequible el soñado bienestar, pero es entonces más que nunca, cuando se escapa ingrátida la felicidad, huyendo lejos de quienes pretendemos ser felices, buscando la realización de nuestras aspiraciones en otra cosa que no sea el interés y simpatía hacia nuestros semejantes.

Pero, ¿qué cosa es necesaria para llegar a ese parcial renunciamiento del yo y a la adquisición de esa grande y bienhechora simpatía humana?

Un filósofo escocés, Davidson, dijo: «todo hombre tiene dos educaciones: una que recibe de los demás y otra que se da a sí mismo».

En la primera se deposita más autoridad de la realmente necesaria y en cambio los que la dan la desproveen de estímulos ideales, convirtiéndola en maquina, sin preocuparse de sacar del ser humano todo lo bueno, tierno y sublime que anida, aún en los aparentemente peor dotados.

Esta perniciosa educación que recibimos, dificulta en muchos casos, cuando no hace imposible, el despertar de la propia, de la auto-educación.

La educación de sí mismo, no es por tanto voluntaria, espontánea, y sólo nos dedicamos a ella, cuando hemos descubierto el atractivo que encierra este trabajo de perfeccionamiento íntimo, el filón de oro en nuestra verdadera vida.

¡Despertar esta idea en todos los seres!... Parece utópico y de momento la grandeza de la obra, comparada con la pequeñez de las propias fuerzas, acobardan las nobles iniciativas.

A sabiendas o no, todos desempeñamos en la vida el papel de educadores, y debiéramos estar alerta, para aprovechar este don inapreciable.

¿Sabemos acaso hasta qué reconditeces de un alma llegará el benéfico efecto de una frase alentadora, dicha en el momento en que libra una lucha moral?

¿Somos capaces de medir la fortaleza de nuestra mano, cuando trémula de adhesión y simpatía se tiende para levantar al caído en una contienda interior?

Precisamente porque el hombre no puede pensar y hacer lo que quiere sino lo que puede, la educación debe procurar iluminarle, enseñarle el camino de esa felicidad íntima, que reside en la satisfacción de la conciencia ilustrada.

A todas horas debe velar nuestra alma para recibir la luz, la inspiración que los mejores nos pueden dar, pero dejando siempre abiertas las puertas para que esa luz y esa inspiración irradian hacia otros, a quienes pudiéramos ayudar.

No hay felicidad mayor que la del hombre que quiere serenamente ser bueno, que intensifica su vida buscando y encontrando la felicidad, en el recinto callado de su propia alma, pero alerta siempre para esparcir a su alrededor, los frutos de su perfeccionamiento traducidos en caridad profunda para con sus semejantes.

Emerson dijo: «El hombre más grande es aquel que ha podido llamar a la puerta de más corazones; el hombre más sabio aquel que tiene más sitaliales en el corazón de sus amigos, y el hombre más fuerte aquel a quien apoya el más crecido número de amigos.

Si cada paso que damos en el camino de nuestro perfeccionamiento, es un grado más de verdadera felicidad, y trae a los que consciente o inconscientemente entran en la esfera de nuestra influencia una mayor suma de bienestar y de dicha, ¿por qué no laborar en esta obra tan grande, aunque sólo podamos contestarnos que nacimos para ayudar humildemente en la colosal y necesaria obra del perfeccionamiento humano?

MARGARITA MONREAL

Himno al árbol

Dedicado, con afecto, a todos los niños de Costa Rica.

Hermano generoso
de tanto bien dador,
los niños te queremos
con muy cordial amor.

Alegras el espíritu,
salud al cuerpo das,
das lumbre, das sustento
y abrigo... y mucho más...

Para servir a todos
te dejas inmolar.
¡En eso al Nazareno
pareces imitar!

Los árboles son lirás
del viento cantador,
y forman a la tierra
plumaje seductor.

Plantemos arbolitos
con noble devoción,
y haremos de la Patria
más próspera nación.

LEÓN VARGAS.

Alajuela.

LA LIMOSNA

En una cierta ocasión
(De esta escena fuí testigo)
Le arrojó pan a un mendigo,
Un niño desde el balcón.

Pero su padre, hombre humano
Dijole:—¿no te sonroja?
La limosna no se arroja:
Se besa y se da en la mano.

La enseñanza

Por JAIME BALMES

§ I.

DOS OBJETOS DE LA ENSEÑANZA DIFERENTES CLASES DE PROFESORES

Distinguen comúnmente los dialécticos entre el método de enseñanza y el de invención. Sobre uno y otro voy a emitir algunas observaciones.

La enseñanza tiene dos objetos: 1.º instruir a los alumnos en los elementos de la ciencia; 2.º desenvolver su talento para que al salir de la escuela puedan hacer los adelantos proporcionados a su capacidad.

Podría parecer que estos dos objetos no son más que un solo; sin embargo, no es así. Al primero alcanzan todos los profesores que poseen medianamente la ciencia; al segundo no llegan sino los de un mérito sobresaliente. Para lo primero, basta conocer el encadenamiento de algunos hechos y proposiciones, cuyo conjunto forma el cuerpo de la ciencia; para lo segundo, es preciso saber cómo se ha construido esa cadena que enlaza un extremo con otro; para lo primero bastan hombres que conozcan los libros, para lo segundo, son necesarios hombres que conozcan las cosas.

Mas diré; puede muy bien suceder que un profesor superficial sea más a propósito para la simple enseñanza de los elementos, que otro muy profundo; pues que éste sin advertirlo, se dejará llevar a discursos que complicarán la sencillez de las primeras nociones, y así dañará a la percepción de los alumnos poco capaces.

La clara explicación de los términos, la exposición llena de los principios en que se funda la ciencia, la metódica coordinación de los teoremas y de sus corolarios, he aquí el objeto de quien no se propone más que instruir en los elementos.

Pero al que extienda más allá sus miradas, y considere que los entendimientos de los jóvenes no son únicamente tablas donde se hayan de tirar algunas líneas que permanezcan allí inalterables para siempre, sino campos que se han de fecundar con preciosa semilla,

a éste le incumben tareas más elevadas y más difíciles. Conciliar la claridad con la profundidad, hermanar la sencillez con la combinación, conducir por camino llano y amaestrar al propio tiempo en andar por senderos escabrosos, mostrando las angostas y enmarañadas veredas por donde pasaron los primeros inventores, inspirar vivo entusiasmo, despertar en el talento la conciencia de las propias fuerzas, sin dañarle con temeraria presunción, he aquí las atribuciones del profesor que considera la enseñanza elemental no como fruto, sino como semilla.

PARA MARCAR LA ROPA

La tinta para este uso y más al alcance de todos, es una solución de percloruro de hierro. Los caracteres trazados con esta tinta no son muy intensos al principio, pero aumenta su intensidad cada vez que se lava, hasta el momento en que alcance un tinte pardo oscuro definitivo; además, no ataca en lo más mínimo a la ropa blanca.

Echaron a uno en una escudilla mucho caldo con un solo garbanzo; visto lo cual se desabrochó, y rogó a un compañero suyo que le ayudase a desnudarse, y preguntándole para qué, respondió:

—Quiero echarme a nadar para sacar ese garbanzo.

Disfrute de las delicias de la lectura
de esta Revista
con unos buenos anteojos.

Tenemos en todos los precios
y calidades.

Consultorio Optico Rivera

Frente al Hotel Costa Rica

Carta de don Maximino Blanco

Cartago, 27 de Junio de 1932.

Señora Sara Casal Vda. de Quirós.

San José.

Muy honorable señora y de mi mayor estimación:

Recibí y he tenido el gusto de leer su apreciable carta, de fecha 24 del corriente, en que se sirve pedirme opinión—asaz modesta por cierto—acerca de la labor cultural que realiza REVISTA COSTARRICENSE, publicación que Ud. tan discreta y acertadamente dirige.

Lealmente le manifiesto que la sorpresa causada en mí, por su demanda, ha sido tan intensa que ha estado a punto de escandalizarme, dado la absoluta convicción mía, de que a nadie puede interesar en lo mínimo mi parecer acerca de la eficacia de cualquier labor, sentimiento de mayor abundamiento en el caso concreto.

Sin embargo, para complacer su obsequiosa galantería y porque he de corresponder a tanto honor otorgado por su benevolencia, le diré mi humilde modo de pensar.

REVISTA COSTARRICENSE, como publicación periodística destinada al hogar, ha venido a llenar entre nosotros una necesidad bien sentida, y la llena satisfactoriamente en los diversos aspectos que presenta la variedad de intereses de la vida doméstica y social. Ese enciclopedismo moral, filosófico, religioso, cívico, político, histórico y científico, presentado con valor, seriedad y donosura, a veces compeliendo, a veces aconsejando, a veces insinuando, constituye «la variedad dentro de la unidad» que caracteriza el concepto de la Belleza.

En la consabida publicación no se qué admirar más: si los valientes editoriales en que respaldada la verdad sin tapujos ni hipócritas eufemismos, «Dura Veritas, sed Veritas», editoriales tendientes siempre al bien social mediante la sana crítica y buena fe; o sus lecciones de Moral Práctica; o sus ejercicios de elevación del pensamiento y de la inteligencia, que es lo que constituye el progreso del espíritu; o sus lecciones de Economía Doméstica. Todo en esa Revista es interesante para la vida de hogar, a condición de que ella caiga en manos de personas comprensivas. Sabido es que si cada pueblo tiene su literatura y cada familia tiene su periodismo, cada individuo tiene su gusto literario, que es aquel que mejor cuadre a sus inquietudes espirituales. No faltan personas que encuentran en la Revista abuso de copias y pobreza en cantidad de trabajos inéditos y autóctonos; pero son aquéllos que no toman en cuenta la naturaleza, carácter y finalidad de la misma, que exigen cuidadosa y excogitada selección entre escritores de reconocida autoridad moral, de indiscutible ciencia y experiencia. Debe considerarse que no se trata de nuestro periodismo corriente, en el cual sí se toleran toda clase de publicaciones. Creo sinceramente que si esta Revista no se informara en las mejores fuentes que nos ofrecen los eminentes hombres de ciencia, moralistas y filósofos, no valdría la pena suscribirse a ella. En esto está su mayor mérito, en que es fanal que alumbrá, no roca de rebotes ni campo de ensayistas.

Sírvase aceptar, estimada doña Sara, mi voz de aliento y mi muy cordial felicitación por el acierto y eficacia con que Ud. dirige su importante REVISTA COSTARRICENSE que, a ojos vistas, cada día se ensancha, se intensifica y resplandece más ante los espíritus comprensivos; que Dios y la Patria premien con creces los esfuerzos de Ud. por el bien del hogar costarricense.

Soy su estimador y servidor atento,

MAX. BLANCO.

Pasa un entierro por la calle de Alcalá. Un transeunte se acerca a uno de la comitiva y le pregunta:

—¿Quién es el muerto?

—Pues hombre, ¿quién ha de ser? El que va en la caja.

Simplicio toma un carruaje de alquiler para asistir a la boda de un amigo.

El carruaje va tan sumamente despacio, que nuestro hombre, llamando al cochero, le dice:

—A este paso llegaremos cuando se esté celebrando el divorcio.

Código moral para los niños

Por WILLIAM J. HACTCHINS

2.º—Tendré en orden los objetos que me sirven para mi trabajo. Cuando las cosas no están en su lugar molestan y son difíciles de encontrar. El desorden significa: confusión y pérdida de tiempo y de paciencia.

3.º—En todo trabajo en común estaré de buen humor. El mal humor deprime al obrero y perjudica a la obra.

4.º—Cuando haya cobrado mi salario no me mostraré ni avaro ni pródigo.

La novena ley es: «Sé bueno».

En América, seres de razas, de colores y de condiciones distintas tienen que vivir juntos.

Somos diferentes, pero formamos un solo pueblo. Toda falta de bondad daña a la vida de la comunidad: todo acto bueno la favorece.

1.º—Seré bueno en todos mis pensamientos: no experimentaré ni envidias ni rencores. No me creeré superior a nadie porque yo sea de otra raza, de otro color o de otra condición. No despreciaré a nadie.

2.º—Seré bueno en todas mis «palabras». No murmuraré de nadie. Lo mismo que hay palabras que curan, las hay que hieren.

3.º—Seré bueno en todos mis «actos». No exigiré con egoísmo, que los demás se dobleguen a mi voluntad. Seré siempre cortés. No produciré daño inútil a los que trabajan para mí. Haré lo imposible para impedir toda crueldad y socorreré con la mayor voluntad a aquellos que tengan necesidad de ayuda.

La décima ley es: «Sé fiel.»

Si nuestro país ha de ser cada vez más grande y mejor, se necesita que sus ciudadanos sean leales, religiosamente fieles en todas las circunstancias de la vida.

1.º—«Seré fiel a mi «familia». Con toda lealtad obedeceré a mis padres o a los que ocupen su lugar. Haré todo lo posible porque cada miembro de mi familia sea fuerte y útil.

2.º—Seré fiel a mi «Escuela». Con toda lealtad, obedeceré y ayudaré a mis condiscípulos a que cumplan las reglas dictadas para el bien de todos.

3.º—Seré fiel a mi «Ciudad», mi Estado, mi Nación. Con toda lealtad respetaré y ayu-

daré a los demás a respetar las leyes y los tribunales de justicia.

4.º—Seré fiel a la «Humanidad». Con toda lealtad haré lo posible por mejorar las relaciones de mi país con los otros países y por dar a todo hombre, sea del país que fuere, la oportunidad de prosperar.

Si tan sólo busco ser fiel a mi familia, arriesgo el no serlo hacia mi escuela, y si sólo lo soy a mi escuela, arriesgo el no serlo a mi Ciudad, mi Estado, mi Nación. Si únicamente intento ser fiel a mi Ciudad, a mi Estado o a mi Nación, corro el peligro de no serlo hacia la Humanidad. Me esforzaré por lo tanto, en ser fiel a la Humanidad, pues siéndolo, seré fiel a mi Nación, mi Ciudad, mi Estado, mi Escuela y mi Familia.

El que practica la ley de la fidelidad, obedece al mismo tiempo a todas las demás leyes que forman al buen ciudadano.

W. J. HACTCHINS

(Traducido de la versión francesa por L. A.)

NOTA. No obstante que este Código lo encontramos muy digno de reproducirse, si nos parece que le hace falta lo más importante para los seres racionales: inspirarle al niño sus deberes para con el Ser Supremo que son los primeros que debe inculcarse a los niños porque de ellos dimanar los demás deberes. Sin una base superior el edificio moral se tambaleará cuando mezos se espere.

En Costa Rica

Un cielo tan azul y un sol tan bello
como los de mi tierra colombiana,
tiene esta tierra, de la mía hermana.
Dios puso en ambas su divino sello.

Hoy que este emporio con mis plantas huella
tan lejos de la ubérrima sabana
donde naof, ¿qué ansío, si aquí vñana
me da la gloria su mejor destello?

La hermosa Costa Rica su regazo
muelle me brinda, mi tristeza arropa
y me retiene con estrecho abrazo.

Y yo, lleno de orgullo y de alegría,
alzo vibrante de emoción mi copa,
por esta patria y por la patria mía.

JULIO FLOREZ

(Envío de don León Vargas)

Palabras de Omar Dengo

Siento que estas horas sagradas se deslizan en un plano superior al de mi vida, sobre la mente, sobre el corazón, sobre los hombres, sobre las cosas... Son como una ola de solemne quietud que fuese envolviéndome, utilizado a su contacto, en celestiales claridades.

Siento una majestuosa ascensión de mi sér, un sopor magnífico, un sueño...

Siento que hay en mí una silenciosa grandeza, un amor y una gloria. Siento que luchan para desprenderse de mi carne, de mi pasión, de mi apetito, en ímpetu tan sutil, como de lira que se estremece... No la sensación de las alas que se abren vigorosas. ¡No, Dios mío! Todo calladamente, todo delicado. Impulso hay en mí de cerrar los ojos y, juntas las manos sobre el pecho, ascender por el aire hacia la luz...

¡Ruego por los hombres! Para que las naciones en guerra se arrodillen sobre las armas. Para que un ritmo profundo de corazones suceda al estruendo de las metralhas... Incienso de plegarias llene el espacio que enrojicieron las llamas. Ruego para que el hombre se recoja en sí mismo y nada fuera de él exista... Nada que no sea el silencio, nada que no sea el tiempo, y el espacio, y el alma, y DIOS!

¡Que desaparezca el mundo dentro del corazón del hombre y sea la hora de la suprema paz! Campanas, campanas de la Tierra que renováis el recuerdo de la vida... ¡Campanas, dolientes campanas, no turbéis mi contemplación! Ante mí está Jesús, el Maestro...!

¡Bien amado el Maestro! ¡Bien amada su eterna palabra! Fuiste la verdad, ¡oh mi Maestro!, eres la Verdad, serás la Verdad, y ante Ella el hombre es Genio, Santo, Héroe, Profeta, Creador! ¡Levántate y anda, oh hombre!... Y a mí, permíteme, Maestro Amado, que me levante y vaya por los caminos del Mundo, seguido de los hombres, con el corazón abierto como una estrella: Caballero de DIOS con la misión del milagro, por los siglos de los siglos... Amén!

OMAR DENGO

Escuela Normal, 1917.

Conversando con un Agente Viajero

Conversando una vez con un agente viajero, persona muy culta, inteligente y observadora, nos decía: ¿Sabe en qué se conocen los latinoamericanos? En que son muy gritones para conversar; ellos se empeñan en que todo el mundo sepa lo que están hablando. Esto desdice mucho de la cultura de ellos; y lo mismo ríen estrepitosamente.

Reflexionando luego, vimos que era cierta la observación. Basta caminar unas cuantas cuadras y observar a nuestras niñas de las escuelas y colegios; salen corriendo y gritando tan estrepitosamente que da tristeza. Es una pésima costumbre la de gritar y reír a carcajadas y estrepitosamente en la calle. Nada

más distinguido que una voz melodiosa; en ello deben empeñarse nuestras niñas, para no disminuir los atractivos de bellezas naturales con que Dios las dotó.

Si de niñas no se acostumbran a hablar en voz baja, jamás podrán adquirir una dulce voz. Debe notarse que las personas que hablan en voz baja, son las mejor atendidas, pues todo el mundo hace silencio cuando hablan para oír y no perder una palabra de lo que digan. Un maestro gritón no ejerce la influencia que ejerce un maestro de voz baja y dulce. Indudablemente que la voz es algo muy importante cultivar por nuestro propio bien.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

DE BUEN HUMOR

—Préstame seis duros, decía un calavera a un amigo suyo.

—¿Seis? No tengo más que cuatro.

—Pues bien, vergan los cuatro, y me quedarás a deber dos.

Don Enrique Jiménez Núñez

Verdaderamente sentida ha sido la muerte del muy querido profesor don Enrique Jiménez Núñez. Fue tantos años profesor, que son muy numerosos los alumnos que sienten de todo corazón la partida del maestro bondadoso, siempre afable y cariñoso.

REVISTA COSTARRICENSE, se une de todo corazón al dolor de su apreciable esposa y bondadosos hijos, y al de sus queridos hermanos y demás miembros de la muy culta y distinguida familia.

Paz a sus restos.

El Gobierno de Estados Unidos publica un folleto escrito por Monjas

La Oficina de Mujeres del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, ha publicado recientemente un folleto sobre «Legislación del Estado de Oregón para Obreras Industriales» por la Hermana Miriam Teresa, Doctora en Filosofía, de Maryhurst College, Oswego, Oregón.

Antes de entrar en la vida religiosa, Sor Miriam Teresa, entonces Carolina J. Gleason, fue la primera Secretaria de la Comisión de Bienestar Industrial de Oregón. Es reconocida en todo el país como una autoridad

en la materia, por lo cual fue una de las principales oradoras en la asamblea de la Conferencia Católica, sobre Problemas Industriales celebrada hace poco en los Angeles, donde pronunció un discurso acerca de la acción del Gobierno y la Encíclica «Cuadragésimo año.»

El folleto a que aludimos, traza la historia de la mujer en las industrias de Oregón y presenta un resumen de la legislación sobre el particular, sancionada por el Estado.

Cortesía de un ladrón:

Un juez acusaba a un ladrón de haber robado una cucharilla de plata.

—¡Señor juez! respondió el acusado, siempre he oído decir que no es decente entrar en un café sin tomar algo.

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

EL CREDO DE LOS AFLIGIDOS

Creo que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la que está por venir.

Creo que todas las cosas obran para bien de los que aman a Dios.

Creo que los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán.

Creo que son bienaventurados los que murieron en el Señor.

Creo que este cuerpo corruptible ha de ser vestido de incorrupción, y este cuerpo mortal, de inmortalidad; y que la muerte será absorbida con victoria.

Un enemigo del despilfarro:

—Hombre, no se te ve por ninguna parte. ¿Dónde te metes?

—En mi casa, me cuesta caro el alquiler y quiero aprovecharlo.

Código social

URBANIDAD

He ahí la clave de la urbanidad: la consideración con todos, sean quienes sean y en cualesquiera circunstancias. A la persona bien educada la conocemos sólo con verla. Nos sentimos inclinados a ella tan irresistiblemente que quisiéramos adelantarnos para estrecharle la mano y decirle: «Tengo sumo gusto en conocerla.»

La urbanidad es como el cemento que mantiene unido el edificio social. Es el aceite que suaviza las asperezas de la vida diaria. Es la melodía que hace vibrar los corazones. «Seamos bien educados».

LA CORTESIA EN LA CALLE

Hay multitud de buenos modales que dis-

tinguen en público a la persona bien educada. El doctor Frank Crane dice: «Nuestras maneras son como una página impresa en la cual la gente lee lo que somos por dentro.»

En la calle pensemos un poco en los demás. No causemos molestias a nadie. No llevemos descuidadamente el paraguas o el bastón. No nos pongamos delante de personas que, al parecer, llevan prisa.

Un caballero no ha de ir nunca por la calle entre las señoras. Si va por la acera, les cederá siempre el lado de la pared.

Al caminar un caballero con una señora no debe tomarla del brazo, ni siquiera del codo, a no ser para guiarla por una calle llena de gente o para protegerla contra el tráfico.

SECCION CIENTIFICA

Estudios de la Naturaleza

Meteoros

Por VIRGINIA AGRAMONTE B.

(Continuación)

Y las rocas terrestres que se han hallado con semejanza a estos aerolitos, pertenecen a las regiones profundas del globo, lo que ha inducido a formar la hipótesis de que el sistema planetario consiste de cuatro etapas: primera el Sol, representando *el nacimiento*, en estado incandescente; segunda, la Tierra, como *el reino de la vida*; tercera, la Luna, como *la decadencia*, y cuarta los Aerolitos, como *el fin de los mundos*.

Estando de *temporada* en nuestra finca «La Estela», tuve la suerte de admirar de muy cerca uno de esos interesantes fenómenos.

Una memorable noche del mes de Noviembre de 1916, en esas horas en que los misteriosos encantos de la Naturaleza parecen dormir, cuando la luz y el bullicio del radiante día fue trocado por aquella tranquila y dulce paz que desciende de los cielos. Un hálito perfumado acariciaba los campos y la transparencia del firmamento nos permitía ver el brillante

Venus en el Poniente; no había Luna; pero, ¿queríamos algo más fantástico que aquel manto de estrellas que teníamos por bóveda celeste? Ese espectáculo que tanta curiosidad despierta, el contemplar los desconocidos mundos, las incógnitas regiones que nos incitan a meditar.

Qué contraste tan maravilloso, entre la serenidad exquisita de una noche clara y la colosal fuerza que arrastra ciegamente nuestro planeta por los espacios, con la vertiginosa velocidad de 26,800 leguas por hora.

Habíamos estado contemplando varias estrellas fugaces, cuando una de mayores dimensiones corrió con dirección a Polares: era un bólido inflamado, que atravesaba rápidamente nuestra atmósfera y esparciendo su centellante luz, dejaba tras sí un rastro luminoso; creció cual un globo de fuego y produciendo un ruido análogo a la explosión de un cañón, que fue oído en más de una legua en los contornos,

se hundió en nuestra finca a unos cordeles de nosotros; su curso visible por la atmósfera sólo duró breves instantes.

Llenos de curiosidad nos dirigimos al lugar en que había caído el aerolito, que aun despedía volutas de un humo blanco y ligero; estaba ardiendo, pero como su calor era superficial, pronto se fue enfriando. Al otro día se hicieron investigaciones, que dieron por resultado, que había cerca de un metro del meteoro enterrado en el suelo y en la superficie no había apenas un pie; los alrededores se hallaban llenos de fragmentos del aerolito, que se desprendieron al chocar con el terreno. Los aspectos de estas durísimas piedras eran de superficie muy pulida y ásperos por donde se había roto.

Para terminar, el brillante panorama que forman los meteoros luminosos, en nuestra atmósfera, citaré la *luz zodiacal*, esa blanquecina y suave claridad que asemejando un huso de luz, aparece únicamente en la zona tórrida, inclinada en la dirección de la elíptica.

Después de ponerse el Sol, principalmente en los meses de primavera, y cuando la atmósfera se halla transparente, comienza a veces mezclada aun con los últimos resplandores del crepúsculo, el más original de estos meteoros, la luz zodiacal en forma de cono, cuya base asienta en el horizonte. Y que más bien que un meteoro parece un cuerpo gaseoso que forma parte de nuestro sistema planetario.

Algunas veces esta luz es visible sin interrupción desde la puesta hasta la salida del Sol, y da la vuelta al cielo, por decirlo así, haciendo gran contraste aquel hermoso haz de luz de color blanco puro en medio de esas

noches téticamente negras; es uno de los más admirables fenómenos celestes. Algunos astrónomos lo han clasificado como materias cósmicas, no condensadas, que rodean la Tierra y que desde gran distancia, hará aparecer nuestro globo, como circundado por un anillo luminoso, mas, sin embargo, todo esto es aún puramente conjeturas.

(Continuará)

Reflexiones

(Envío de una suscripción)

Yo siempre al triste consolé afectuosa
Y la amarga indigencia socorrí,
Que así tal vez, en la desgracia un día
Me socorran a mí.

Yo siempre a la vejez tendí la mano
Y con respeto y humildad besé
La suya trémula, que yo más tarde
Lo mismo me verá.

Y siempre el huérfano humillado y triste
En mí una amiga y una hermana halló,
Que sollozando en la orfandad, Dios mío,
Puedo encontrarme yo.

Y yo lloré con el esclavo siempre,
Si no pude aliviar su padecer;
Que en el injusto y azaroso mundo
Esclava pude ser.

Y yo al enfermo cariñosa he dicho
Palabras de consuelo y de amistad;
¡Porque es tan fácil que a su igual me ponga
Cualquiera enfermedad!

A todas horas consolé al mendigo:
Que tal vez otro tiempo me verán
A mí da puerta en puerta entre sollozos,
Ay! mendigando el pan.

El crimen aborrezco, pero nunca
al pobre criminal aborrecí,
Porque yo en su lugar, ay! no quisiera
Que me odiaran así.

Yo seré consolada en la desgracia,
Que Dios no puede abandonarme, no,
Porque ante el infeliz me dije siempre
¡Si así me viera yo!

Y todos ¡ay! reflexionar debieran
Que tal vez como ellos se verán,
Porque Dios dice que según medimos,
Así nos medirán.

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA (Cuba)

Dr. R. Brenes Gutiérrez

Médico y Cirujano de la Universidad de Berlín
Especialista diplomado del Instituto de
enfermedades tropicales de Hamburgo

Teléfonos: { Consultorio: 2925
Habitación: 3399

DESPACHO: Contiguo al almacén del Dr. Fischel, frente
Norte del Parque del Edificio del Correo (an-
tigua Pensión Italiana).

CONSULTAS: De 10 a 12 a. m. y de 3 a 5 p. m.

PAGINA PARA LOS NIÑOS

Guido de Fontgalland

(Continuación)

GUIDO DE FONTGALLAND

Amaba muy de veras a su colegio: muchas veces, durante los tres años que en él pasó de externo, le hacían quedarse a comer, y a la noche le decía a su madre: «La comida ha sido muy buena.»

Su pereza, a primera vista, es chocante y parece inexplicable; pero más adelante hallaremos en estas páginas la clave de la explicación de por qué llegó a ser «el defecto dominante» del niño y puede decirse que su único defecto. Y por corregirlo, apenas hizo esfuerzo alguno o sólo lo hizo de vez en cuando. Alguien, que conocía muy bien al niño, nos decía: «esta alma, inconsciente de sí misma, era tan recta, tan hermosa, tan pura y de una humildad tan (cándida) ingenua, que, sabiendo que Guido era muy inteligente, me he preguntado más de una vez si el Divino Maestro no le dejaría «el fardo de su pereza»... como decía el niño, a fin de coronarlo en aquella encantadora humildad.»

Quando le reñían sus padres por su pe-

reza, «Oh sí, respondía, es mi defecto dominante; pero es el más pequeño de los pecados capitales, porque están puestos en orden de magnitud, y el de la pereza, como está de último, es el más pequeño. ¡Mientras que el orgullo, que está a la cabeza, es el más gordo!»

En Febrero de 1922, durante la vacante de la Santa Sede, añadía todas las noches un Ave María por el nuevo Papa. Había recordado de *La Croix* las fotografías de los Cardenales italianos. El 6 de Febrero, por la tarde, volvió satisfechísimo del colegio, gritando: «El Padre Rector ha venido a darnos la noticia de que tenemos nuevo Papa. ¡Qué contento estoy! Se llama Pío XI... como el que mandó que comulgásemos a los siete años.» Y buscando entre sus recortes la fotografía del Cardenal Ratti, al hallarla, dijo: «¡Ah, qué cara de bueno tiene! Me gusta mucho. Cuando yo sea mayor inventaré un nuevo modelo de aeroplano, y con él iré a visitar al Papa y se lo regalaré para que se pasee por encima del Vaticano.»

Un estudiante que escribía a un amigo suyo, empleó tres pliegos de papel en la carta, y concluyó poniendo:

—Amigo mío, esta carta va muy larga, porque no he tenido tiempo de escribirla más corta.

Una aficionada fue a cantar un aria del Barbero delante de Rossini.

—¡Si viera usted qué miedo tengo!, le dijo la cantante.

—Yo y también, contestó el Maestro.

3707

Es el número de mi teléfono en mi casa de habitación, situada cien varas al Norte de la pulpería «La California» y 125 al Este, a la derecha (casa de don Modesto Solari), Barrio de la Estación del Atlántico.

Cualquier comisión o dinero pueden dejarlo en la tienda del Sagrado Corazón, de don Eladio Prado, frente al Sagrario o en mi oficina, situada 125 varas al Este del Seminario, calle de La Soledad.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS.

Dr. Alexis Agüero

MEDICO CIRUJANO

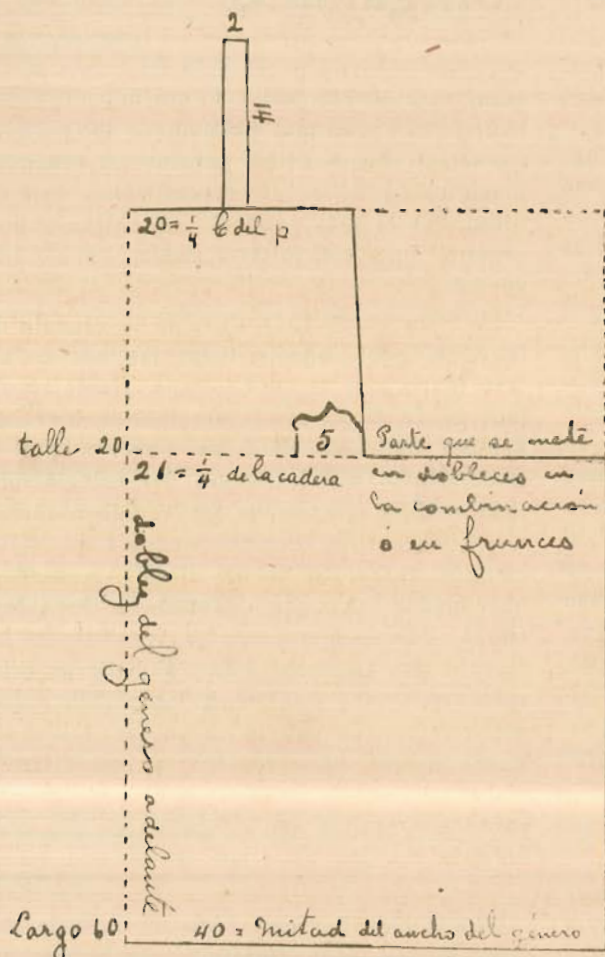
OCULISTA

De la Facultad de Medicina de París

Oficina: 75 varas al Norte
del Correo.**Teléfono 2712**

Curso de Corte

COMBINACION PARA NIÑA DE 12 AÑOS



| | |
|-------------------------|----|
| Largo de la combinación | 60 |
| Talle | 20 |
| Contorno de pecho | 80 |
| Caderas | 84 |

Medidas: el largo se toma desde donde uno quiera la combinación, hasta la rodilla. El largo del tirante se toma desde el hombro hasta donde comienza la combinación. El contorno del pecho exacto y se le aumenta 4 cms. La cadera holgada.

Se traza un rectángulo que tenga de alto el largo de la combinación y de ancho la mitad del ancho que se le quiera dar a la combinación. De la izquierda y sobre la horizontal superior se mide la cuarta parte del contorno del pecho y bajando sobre la vertical se mide el largo del talle que es de 20 y de este punto se traza hacia la derecha una horizontal de puntitos que mida un cuarto de la cadera y el extremo derecho de esta horizontal de puntitos se une con el punto 20 del contorno del pecho y esta línea será el lado de la combinación. En la línea del talle y partiendo del lado se cortan 5 cms. y en esta distancia se frunce o se hacen dos dobles con la parte del patrón que queda hacia la derecha. El tirante se coloca en el centro de la parte de adelante y atrás un centímetro más hacia el lado.

Se hacen estas combinaciones en género delgado, y se adornan según la moda.

Un niño, de talento precoz por cierto, lloraba y pateaba convulsivamente por efecto de ciertas exigencias propias de los mocitos malcriados, hasta que por último cesó unos instantes.

—¡Gracias a Dios que callas! dijo la madre.
—No, mamá, no callo, sino que descanso.

Estaban examinando para el grado de bachiller a un estudiante azás agudo, pero holgazán. El catedrático don N. N., le preguntó una cosa muy sencillísima, a la cual no supo qué contestar.

—¡Bedell!... Traiga Ud. una arroba de paja para que almuerce el candidato.

—¡Bedell!... Añadió éste, traiga Ud. dos arrobas, que almorzaré junto con el doctor N.

Gedeón se ha vuelto un hombre ordenado y hasta avaro.

—¿Para quién haces tantas economías?—le pregunta su mujer.

—Para nuestros hijos.

—¿Y si no tenemos hijos?

—Entonces... para nuestros nietos.

Devanábase los sesos un sacristán sobre cuál podría ser el motivo de que en los campanarios de las iglesias se acostumbra a poner un gallo, sin que, ni aún por equivocación, se pusiese nunca una gallina. Por fin logró darse la explicación de este enigma.

—Será, dijo para sí, porque si la gallina llegase a poner, se estrellarían los huevos al caer de tan alto.

Recetas de Cocina

A cargo de doña Digna Casal de Solari
Profesora de Cocina graduada en Bruselas

GALLETAS A LA REINA

Se bate en una fuente honda con una cuchara de madera, un cuarto de libra de azúcar molido bien blanco, con cinco yemas de huevo; cuando esto está bien espumoso, se agregan 7 cucharadas de agua y se mezcla despacio; se baten las cinco claras a punto de nieve; al batido se le agrega un cuarto de libra de harina cernida; se mezcla despacio y por último se agregan las claras mezclándolo despacio. En cazolejas untadas de manteca y espolvoreadas de harina se van poniendo montoncitos de la pasta, dándoles las formas que se quieran; se espolvorean por encima con azúcar molido y se asan en el horno con calor regular hasta que estén doradas de un color apenas rubio. Se sacan las cazolejas del horno y con mucho cuidado se van quitando las galletitas y se ponen a enfriar en cedazos.

TAMALES DE PLATANO VERDE

Se escogen plátanos verdes sazones y grandes. Se pone en el fuego una olla con agua, sal y unas gotas de limón, y cuando esté hirviendo se echan los plátanos pelados, bien raspados y frotados con sal y lavados. Cuando están suaves, se sacan uno por uno y se van moliendo también uno por uno; todo esto se hace con el objeto de que no se pongan negros. En una cacerola se pone suficiente manteca y se echan unos cuatro ajos machados y cuando están dorados se botan y se le agrega a la manteca pimentón; y a falta de éste, achiote. Se echa el plátano molido y se le da vueltas hasta que se desprege del fondo de la olla y que se vea que se le ha mezclado bien la manteca. Se coge para cada tamal una o dos cucharadas de esta pasta y se rellena con costillitas de cerdo, fritas y sudadas con un poquito de agua, con achiote, tiritas de chile y tomate, y con aceitunas. Se envuelven en tusas de elotes, si se tienen a mano, para que queden bien

blancos y a falta de tusas, en hojas de plátano sozadas y bien lavadas, y se amarran de dos en dos. Se ponen a cocinar en agua hirviendo durante una hora.

TAMALES DE CAMBRAY

La víspera se lava bien una libra de arroz y se deja toda la noche en agua fría; otro día, se muele muy bien y se disuelve en leche fría, teniendo cuidado de que no quede muy ralo; se le pone azúcar al gusto, la punta de un cuchillo de sal, y se pone al fuego, meneándolo constantemente para que no se pegue en el fondo y hasta que la pasta esté durita. Se baja del fuego y se le agrega un cuarto de libra de queso fresco, rallado, cuatro yemas de huevo bien batidas, se mezcla muy bien todo con media cucharadita de vainilla y se prueba para ver si tiene buen gusto. Se alistan cuadritos de cambray o lienzo, en el centro de estos cuadritos se echa una cucharada grande de pasta, tres pasas, se arrollan y se amarran muy bien; se ponen a cocinar al vapor, es decir, en un trasto que tenga huecos en el fondo, éste se sienta en otro trasto más grande que tenga unos pedazos de ladrillos en el fondo, se le echa agua hirviendo hasta la mitad de la altura de los ladrillos y se pone al fuego a que hierva durante una hora y se sirven fríos. En las ferreterías se venden ollas especiales para cocinar al vapor. También se pueden envolver estos tamales en tusas de maíz, las que se ponen en agua fría para que estén suaves.

DE BUEN HUMOR

- No hay nada, dice un médico, tan peligroso, como una indigestión de agua.
- ¿De veras?
- Una indigestión de agua puede ser mortal.
- Y si nó, exclama otro, que lo digan los que se ahogan.

La Expatriada

(Continuación)

—¡Trabajarás!... ¡Pobre alma mía! ¿Qué podrás hacer? La competencia es enorme... y, por otra parte, tú no puedes vivir sola, Mirtea. Te conviene el abrigo de un hogar, la seguridad en el seno de una familia sería... He pensado, pues, en mi prima Gisela. Ya sabes que es la única, entre toda mi familia, que ha continuado relacionándose conmigo. Algunos años antes de mi matrimonio, casóse ella con el príncipe Segismundo Milcza. De esa unión nació un hijo. Algunos años más tarde me participó su viudez y luego sus segundas nupcias, el nacimiento de cuatro hijos, y finalmente su segunda viudez. Nos queríamos mucho, y he creído que en recuerdo mío aceptaría tal vez acogerte.

Mirtea se levantó vivamente.

—Mamá, ¿quiere usted que vaya a mendigar la protección y la hospitalidad de esos parientes que no quisieron conocer a mi querido padre?

—¡Oh, los otros no! Pero Gisela nunca ha dejado de considerarme como de la familia.

—¡Sin embargo, mamá, no me parece admisible que yo deba ser una carga para la condesa Solanyi!—exclamó Mirtea con viveza.

—No, pero mi prima debe tener grandes y poderosas relaciones, pues los Gisza, los Zolanyi, los Milcza, sobre todo, pertenecen a la primera nobleza magiar. Estos últimos son de real estirpe, y su fortuna es incalculable. Por lo tanto, Gisela podrá, mejor que nadie, ayudarte a encontrar una posición estable; será para ti una consejera, protectora... Y yo quisiera que le escribieses de parte mía, a fin de que yo pueda confiarle a ella.

—Lo que usted quiera, mamá—respondió Mirtea, besando la linda mano enflaquecida que descansaba sobre el coberdor de seda blanca algo amarillenta.

Mirtea, bajo el dictado de su madre, escribió un sencillo y patético llamamiento a aquella parienta de ella desconocida. La señora Elyanni, aunque con gran trabajo, consiguió firmar el papel, y Mirtea preguntó después:

—¿Adónde debo dirigir esta carta?

—Desde que volvió a enviudar, Gisela vive

en el palacio Milcza, en Viena. Supongo que después de la muerte del conde Zolanyi, habrá ido a vivir con su hijo mayor, que tal vez no se haya casado todavía. Manda la carta con esa dirección. Si Gisela no está allí se la remitirán donde resida.

Mirtea puso con mano temblorosa el sobrescrito, pegó el sello, y dijo levantándose:

—Voy a llevarla a casa de las señoras Millon. Una u otra tendrán seguramente ocasión de salir esta mañana y podrán echarla al correo.

Las señoras Millon ocupaban un piso en el mismo rellano que Mirtea y su madre. La de más edad era viuda de un empleado ferroviario; la joven, hija suya, trabajaba para un almacén de flores artificiales. Eran dos buenas y honradas personas, serviciales y discretas, que admiraban a Mirtea y lo hubieran hecho todo para procurarle cualquier placer. Aislada como estaba la joven, pues su madre nunca quiso anudar relaciones, varias veces encontró un auxilio material o moral cerca de sus vecinas, y por ello les guardaba un reconocimiento que se traducía en palabras halagüeñas y delicadas atenciones, pues el corazón de Mirtea, nada mezquino ni vanidoso, no la llevaba a considerar ante todo la situación social ni la posición o educación más o menos distinguida del prójimo.

Abrióle la puerta la señorita Albertina, joven y linda trigueña, de buena estatura, tez pálida y mirada muy dulce.

—¡Entre usted, entre, señorita Mirtea!—dijole afablemente y dejándole paso para que penetrase en el comedor.

En él estaba la señora Millon, mujer pequeña, viva y simpática, amonestando a un chicuelo de cinco a seis años, un huérfano que la muerte de su hija mayor y de su yerno dejaron a su cargo.

Al ver a Mirtea, avanzó presurosa hacia ella preguntándole:

—¿Qué tal? ¿Cómo sigue mamá?

—¡Está tan débil, tan débil!—murmuró la joven, ahogando en su garganta un sollozo.

—¡Pobrecita!—exclamó la anciana señora

tomándole la mano, en tanto Albertina volvía la cabeza para disimular una lágrima.

—Vengo a pedirles un favor—dijo Mirtea, procurando dominar el temblor de su acento.

—Cuando una de ustedes salga, ¿querría llevar esta carta al correo?

—¿Cómo no? Precisamente ha de salir Albertina dentro de poco, y lo hará de buen grado.

—Yo también iré a llevar la carta—dijo el muchacho, que se había adelantado y apoyaba mimosamente su fresca mejilla contra la mano de Mirtea.

—Sí, esto es, Juanillo... y luego rezarás una oracioncita para mi querida mamá—dijo la joven acariciando los ensortijados cabellos del niño.

—Le rezamos todas las noches una, señorita Mirtea... Y ya sabe usted, si necesita algo, sea lo que fuere, aquí estamos las dos para servirla.

—¡Oh, ya conozco su buen corazón!—exclamó Mirtea, tendiendo la mano a las dos mujeres.—¡Gracias, gracias!... Ahora vuelvo corriendo al lado de mi pobre mamá.

Cuando la joven hubo desaparecido, la viuda Millon puso la carta sobre la mesa, no sin dar un vistazo al sobrescrito.

—Condesa Zolanyi... Palacio Milcza... Esas señoras no nos han dicho nunca gran cosa de sí mismas; pero tengo la idea, Titina, de que pertenecen a elevada alcurnia. El otro día, mientras estaba al lado de la señora Elyanni, observé, en un lindo pañuelo que tenía en la mano, una coronita bordada.

—Y la señorita Mirtea tiene, sin afectación, maneras de princesa; esto se ve pronto. Si tuviese parientes de gran posición que quisiesen acogerla y la amasen como ella se merece..., pues a la pobre señora me parece que le queda poco tiempo de vida, mamá.

—¡Ah, creo que no! Si pasa la noche, será todo lo más... ¡Pobre señorita Mirtea!... ¿Ves, Titina? Esto me oprime el corazón.

Y la buena mujer sacó un pañuelo para secarse una lágrima furtiva, mientras Albertina, cerrando los labios para dominar su emoción, entraba en el aposento contiguo en busca de su sombrero.

Entretanto, Mirtea había vuelto al lado de su madre y se ocupaba en deshacer el altar-cito. Iba y venía con suavidad, incomparable-

mente elegante y esbelta, con movimientos de infinita gracia.

—¡Mirtea!

La joven acercóse al lecho. La señora Elyanni tomó su mano, diciéndole:

—¡Mírame, hija mía!

Los azules ojos de la madre hundiéronse en las admirables pupilas negras, aterciopeladas, radiantes de pura claridad interior. Toda el alma enérgica, ardiente, virginal, de Mirtea, estaba allí. Y la señora Elyanni murmuró dulcemente:

—¡Déjame que contemple todavía tus ojos, tus bellos ojos!... ¡Mirtea, luz mía!

—¡Mamá, no me hable usted así!—suplicó la joven.

—No hay más que una verdadera luz, la de Dios, y no... Sí, Dios es la luz; pero esa luz increada se comunica a las almas puras, y éstas la derraman en torno suyo... No te admires de oírme hablar así, hija mía. Desde ayer, tu pobre madre ha reflexionado mucho; ha comprendido lo que has sido tú para ella, lo que le había concedido Dios otorgándole una hija como tú, y cómo le había sido imposible vivir sin el ángel que incesantemente ha tenido a su lado. ¡Yo te bendigo, Mirtea, amor mío; te bendigo con toda la vehemencia de mi corazón!

Las manos de la moribunda posáronse sobre la rubia cabellera.

Mirtea, sollozante, había caído de hinojos.

—¡No llores, hijita mía! Piensa que pronto volveré a encontrar a mi amado Christos. Desde lo alto, ambos velaremos sobre ti.

Agotadas sus escasas fuerzas, interrumpióse la señora Elyanni, dejando caer sus manos, que Mirtea apretó contra sus labios.

Y así permanecieron inmóviles madre e hija, saboreando el doloroso goce de aquellas horas postreras.

CAPITULO II

Envuelta en sus negros crespones, algo encorvada bajo su largo chal negro, Mirtea andaba como en sueños entre las señoras Millon.

Volvía hacia el aposento vacío de donde acababa de partir el despojo mortal de la señora Elyanni.

La joven sentíase aniquilada, sin poder

coordinar idea ninguna. Albertina habíale tomado dulcemente la mano para apoyarla en su brazo. Y esta señal de afectuosa atención derramó un ligero bálsamo consolador en el destrozado corazón de Mirtea.

Al llegar al rellano del cuarto piso, la señora Millon dijo:

—Va usted a almorzar con nosotras y acabar el día aquí, señorita Mirtea... Y, si le parece bien, no vaya a acostarse sola en el piso; en casa hay sitio para usted... Sería demasiado triste que...

Mirtea tomó las manos de la excelente señora y las oprimió fuertemente.

—¡Gracias, gracias, señora! Pero yo prefiero retirarme en seguida, acostumbrarme a esa soledad, al pensamiento de no volver a verla ya allí...

Un sollozo cortóle la voz.

—...Mañana, si no es molestia, vendré a compartir su comida... pero hoy, no puedo, no puedo... ¡No lo tome usted a mal, se lo suplico!...

—¡Oh, seguramente que no, pobrecita mía! Haga usted lo que le cueste menos... Pero déjeme que le traiga una tacita de caldo.

—No, ahora no; me sería imposible tomarlo. Esta noche probaré...

Y dichas estas palabras, la joven tendió la mano a la madre y a la hija, y entró en su habitación, donde la sirvienta se ocupaba en ponerlo todo en orden.

Mirtea refugióse en su aposento, un cuarto amueblado con suma sencillez. Quitóse su sombrero, su chal, y sentóse en una silla baja, junto a la ventana.

Por primera vez tuvo clara conciencia del doloroso aislamiento en que le había sumido la muerte de su madre, al acompañar el coche fúnebre que se llevaba aquel ser querido a su última morada... Y ahora asaltábale de nuevo y más viva aquella impresión, al encontrarse sola en una casa donde durante varios años había prodigado su abnegación a aquella madre, de quien era afecto único.

Mirtea telegrafió la triste noticia a su tutor. Este, viejo célibe, vivía en la costa provenzal, retirado de la vida del arte que le enriqueció y a la que había consagrado gran parte de su existencia. El tutor respondió con una vulgar forma de pésame, y excusó su asistencia, poniendo por delante sus reumatismos,

que le impedían todo viaje. Ofrecimientos de servir a su pupila, ninguno.

La condesa Zolanyi no había contestado. Tal vez no se encontrase en Viena. Por otra parte, Mirtea confiaba muy poco en aquella dama, que seguramente no se preocuparía de una joven parienta indigente y desconocida. Así, pues, la joven imaginó que, dominado aquel primer aniquilamiento que la tenía abatida y sin energía para nada, consideraría luego claramente la situación y buscaría, con auxilio de las señoras Millon, un medio de salir de apuros.

Pero hoy, no, no le era posible... Sentíase débil como una criaturita.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta del piso. La sirvienta fue a abrir.

Mirtea oyó rumor de voces. Luego llamaron a la puerta de su cuarto.

—Señorita Mirtea, es una señora que desea hablar con usted.

El momento era tan poco oportuno para recibir una visita, que la joven estuvo para responder:

—¡Hoy no!... ¡Hoy no!...

Pero dominóse, y levantándose, entró en el aposento contíguo.

Una señora de mediana estatura, vestida con discreta elegancia de medio luto, permanecía en pie en medio del comedor. Debajo del velillo, Mirtea observó un rostro algo ajado y unos ojos que le recordaron los de su madre.

Aquellos ojos expresaron una especie de sorpresa admirativa al fijarse en la joven.

La desconocida adelantóse hacia Mirtea, y díjole en francés, con leve acento extranjero:

—¿Llego tarde?... ¡Ah, pobre Eduvigis!...

—¡Sí; Dios se la ha llevado a su seno!—gimió Mirtea con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Pobre niña!—murmuró la extranjera tomándole la mano y mirándola compasivamente.—¡Y decir que yo estaba en París, pudiera haber acudido inmediatamente al lado de Eduvigis! Pero la carta me ha llegado de Viena esta misma mañana.

—¡Cómo! ¿Estaba usted en París?—exclamó Mirtea con pesaroso acento.—¡Oh, si hubiéramos podido sospecharlo!... Pero, siéntese usted, señora..., y permítame desde ahora, agradecerle que haya acudido tan pronto, al llamamiento de mi pobre madre.

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».
» de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».
» de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131

A las amas de casa:

«LA BOLSA MERCANTIL»

les ofrece: jabón de lavar, café tostado y molido de primera calidad, maíz quebrado, afrecho de arroz y de trigo, y todos los artículos que se consumen en el hogar.

Economice dinero. Precios baratísimos.
Calidad insuperable.

Lado Oeste del Mercado - Teléfono 2619

A. MOLINA

Se obsequian timbres «La Feria.»

Trabajo para la mujer

Sabiendo que hay muchas señoras y señoritas que desean trabajar y no teniendo oportunidad de vender sus trabajos, La Tiendita ofrece recibirles su labores para exhibirlas y venderlas, haciéndose responsable de ellos la propietaria doña **Claudia de Garrón.**

LA TIENDITA

LA TIENDA DE CONFIANZA PARA LAS SEÑORAS

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

Adela v. de Jiménez e Hijos

Construcciones, Cemento, Mosaicos, Balaustres, Materiales de Construcción

Ferretería - Taller Mecánico

Piedra Quebrada

Teléfono 2278

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

Use bombillos

EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Estatuas, Medallas, Crucifijos Estampas, Novenas

y cualquier otro objeto de devoción, a precios económicos
en la

LIBRERIA LEHMANN

(SAUTER & CO.)